

Sobre las peligrosas grandes palabras

Contra el fundamentalismo

Me propongo mostrar cómo se viene tratando el tema de la relación entre ciudadanía y democracia, a la vez que comento algunas obras de filosofía e historia política que han renovado estos temas entre nosotros. Sea lo primero advertir que estamos conscientes de que la palabra “ciudadanía” a veces parece que se ha convertido en una de las grandes palabras de buen recibo, como la de “democracia”, que todos repetimos hoy como los clichés que se han vuelto una moda después de la caída de la Unión Soviética y del comunismo; como la palabra “excelente”, la cual todos esperan hoy dé respuesta al saludo diario de: “¿cómo estás?”; o la palabra “bendiciones”, que del uso sacro ha pasado a convertirse en fórmula de cortesía para desear parabienes.

En efecto, una aureola de identidad colectiva sagrada envolvía ya a la palabra “ciudadanía” durante la Regeneración, cuando se promulgó la constitución de 1886, una época en la que parece se puede dudar si gobernantes y

* Profesor jubilado del Programa de Filosofía de la Universidad de Cartagena.
e-mail: nayibabdala@hotmail.com



"Automáticos-dibujos en blanco" (Raúl Ballesteros, 2015).

gobernados distinguían la esfera pública del Estado de los intereses privados y de los valores de los diferentes grupos religiosos, pues, a pesar de que dicha constitución instaure una ciudadanía dotada de ciertos "derechos civiles y garantías sociales", ilustres sabios como don Miguel Antonio Caro, de un modo parecido a ciertos fundamentalismos de hoy, actuaban como si a la vez conocieran teóricamente, pero ignoraran en la práctica esa conquista de la era moderna.

Es lo que se podría constatar en la obra: *1892. Un año insignificante*, de Max S. Hering Torres (2018), obra que, dicho sea de paso, aplica los métodos históricos al estudio social y político a partir de la selección de un año (período aparentemente insignificante), pero que resulta crucial, representativo. Experimento que, guardando las distancias, nos recuerda la obra que leímos en los años 70 del sabio francés Henri Focillon, dedicada al año 1000. La obra de Hering se refiere a sucesos de 1892, como el de las declaraciones de tres agentes de la

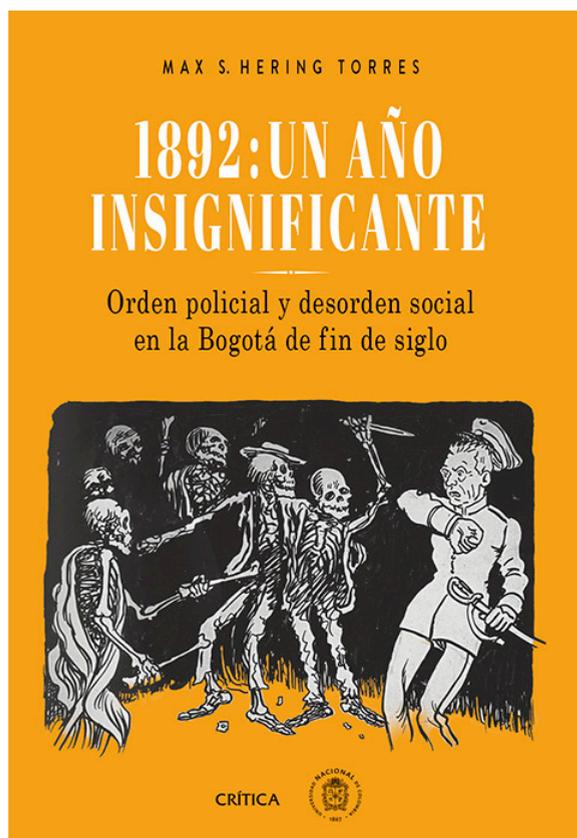
policía que pretendían confirmar el lugar y la hora en que salía un fantasma en el puente de las Latas de Santafé de Bogotá, lo que mereció el rechazo de un nuevo director francés de la policía, nombrado por Caro, quien consideró esas versiones como una burla con la policía, pues él estaba impulsando un programa de profesionalismo y destreza, y tal tipo de creencias en el más allá estaban fuera de foco para dicho programa.

Lo interesante es que entonces se levantó una polémica cuando muchos reivindicaron el derecho a creer y sentir desde su intimidad y en contra de todo intento de homogeneizar las formas de pensar. Para el autor, esta discusión era importante, pues los fantasmas dicen algo sobre el "control visual" de una cultura y sobre las "emociones insertas en una relación de poder" (74). El autor sostiene que Caro identificaba "autoridad" y "racionalidad", y pensaba que el dogma era moral si promocionaba la autoridad como herramienta de poder, así que no bastaba dotar

a la comunidad de una buena organización, sino que había que someterla también a un régimen de corrección.

De nuevo encontré esta extraña unión de racionalidad y creencia en fantasmas, aunque en forma diferente mediante la difícil, pero agradable lectura de un gran volumen de enjundiosos ensayos dedicado al pensamiento político de la Regeneración por investigadores de la Universidad Nacional dirigidos por Leopoldo Múnera (2011), en el cual destacan que en el pensamiento político de esa época se daba una extraña confluencia entre categorías y valores tradicionales y modernos. Cuál no fue mi sorpresa al constatar que recientes investigaciones han concluido que, en general, la historia de la formación de las instituciones en Colombia se ha dado a espaldas del reconocimiento del valor de una ciudadanía

crítica y de una esfera pública independiente. En efecto, esa es una de las conclusiones de una obra publicada en Cartagena de Indias hace dos años, en la cual, además, se afirma que, sin la presencia de ciudadanos preocupados por el mantenimiento de una esfera pública libre, no puede haber democracia, y sin democracia es imposible resolver pacíficamente los conflictos que perturban la convivencia humana. Esta es la advertencia y a la vez conclusión general del libro muy bien escrito, por su claridad, concisión y sencillez, a pesar de su profundidad y de su complejidad, que fue publicado por los investigadores Harold Valencia, Luis A. Zúñiga, Gabriel E. Vargas y José Pablo Tobar Quiñones (2016) sobre el muy actual e importante tema de la relación entre ciudadanía y democracia, y la llamada “Teoría Crítica”, heredera de los más importantes movimientos críticos de la sociedad y de la cultura del siglo XX.



En particular, me estremeció ver por fin tratado un concepto que los profanos en el tema manejamos sin preguntarnos por su significado: el concepto de “cultura política”. Pues el libro indaga lo que significa una ciudadanía con cultura política, cuando algunos profanos en el tema, como yo, se preguntan si el actual predominio del populismo en los movimientos políticos que han terminado en dictaduras o en Estados fallidos en América Latina no se debe, entre otros factores, a un electorado sin cultura política.

El temor a una repetición de esos fracasos se da en un momento en que muchos se preguntan por lo que significa el hecho de que movimientos fanatizados de origen seudoreligioso y seudopolítico promueven el odio al diferente por medio de consignas fascistas o neonazis y visiones fundamentalistas del mundo de épocas

incluso más lejanas que la de la Regeneración, cuando la esfera pública había sido puesta al servicio de una concepción autoritaria y religioso-pastoral de la vida en común.

El tema del libro es muy actual, porque es necesario preguntarse por lo que significa la cultura política en una época en la cual cada día las redes globales no sólo aumentan su influencia, a la vez como mensajeras de los mercados y como intermediarias de la comunicación, para situarse entre el ciudadano y el mundo, sino también, y con mayor razón, porque pretenden, además, para proteger los mercados, introducir disimuladamente nada menos que pautas y modelos para nuevas formas de vida, las cuales podrán ser ricas en innovaciones, ya sea de modos de vestir, viajar y vivir, ya sean técnicas y estratégicas, pero, por desgracia, dado su origen en los intereses de las corporaciones comerciales y financieras, pueden ser también inductoras de hábitos de consumo global repetitivos y carentes de creatividad, que dejan de lado los valores de la vida en común y de la conservación de la naturaleza.

Hay indicios de que en todas partes se repiten hasta el aburrimiento no sólo las mismas marcas, sino también los mismos nuevos hábitos artificiales, al estilo de los de tomar “selfis”, de tatuarse las piernas y viajar desafortunadamente por un paisaje mundial que amenaza con convertirse en igual en cualquier parte a la que el viajero huya para salvarse del entorno convencional. Los turistas parecen seguir el mismo itinerario de salir de un centro comercial de una ciudad y tomar un vuelo a otra, para entrar allí a otro centro comercial y volver a repetir el ciclo sin final a la vista.

En consecuencia, se puede decir que hoy el periodismo dependiente y las redes sociales

parecen ser utilizados para prefabricar ciertos tipos de ciudadanía cuidadosamente elegidos, para que se identifiquen, sin notarlo, con metas aparentemente religiosas, políticas, comerciales o financieras, que posteriormente se descubre que no están basadas en el cuidado por lo que podemos llamar el “mundo común”, en el sentido de Hannah Arendt —es decir, como lo que a la vez une a los miembros de una comunidad, porque lo comparten, pero a la vez los separa porque supone que cada uno es diferente y tiene algo que aprender de lo que dicen los demás, que era lo que Sócrates llamaba su “mayéutica”—, sino exclusivamente en intereses privados, excluyentes y a veces ilegítimos.

El libro es útil para la actual necesidad de elaborar un nuevo concepto de cultura política, pues hasta ahora los profanos hemos venido enfrentando el desafío planteado por la enorme cantidad de información que nos envían las redes mediante el clásico concepto de la cultura como “formación” (o *Bildung*, en alemán), creado por la Ilustración y el humanismo alemán de Goethe y Schiller, el cual propone que una persona realmente culta tiene una capacidad crítica o una facultad de juzgar suficientemente entrenada para discernir entre una gran variedad de discursos u obras de arte, lo realmente valioso de lo común y corriente.

Sin embargo, tal concepto clásico de cultura es insuficiente para juzgar la situación actual, cuando las redes y la televisión parecen tener la pretensión de prefabricar al ciudadano, quitándole su capacidad de juzgar y de acción al convertirlo en un animal que responde a cierto tipo de estímulos o señales (lo que puede hacer un chimpancé), es decir, cierto tipo de imágenes o de mensajes de la red, y al darle la sensación permanente de “estar conectado” y actualizado, sensación que se pretende que

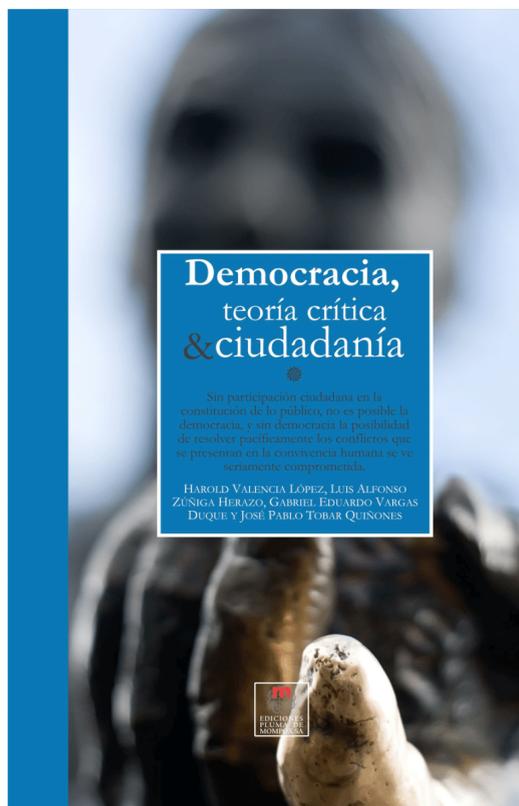
reemplace como ideal de vida al ideal de la autonomía de la persona libre y capaz de actuar siguiendo su criterio; pero este es un concepto clásico de “cultura”, diferente del concepto de “cultura política” del libro que comentamos.

Usamos la palabra “prefabricar” con base en la diferencia de Hannah Arendt entre la acción política y la fabricación o producción, dos actividades diferentes, entre otras cosas porque la primera supone un espacio público libre donde los seres humanos puedan aparecer en toda su pluralidad y diversidad. Un espacio prefabricado como el que nos parece que se da actualmente gracias a la manipulación comunicativa de las redes y de la televisión, justamente se caracteriza porque no es de libre aparición, sino algo conformado para que se presenten no personas, sino “sujetos” en el sentido, tal vez previsto ya por el filósofo Michel Foucault, de personas “sujetadas” bajo el “poder” de una institución o de una propaganda o un discurso en apariencia libres, pero en realidad disfrazados de racionalidad y autonomía.

El libro de los profesores Valencia, Zúñiga, Vargas y Tobar está cuidadosamente dividido en tres ejes temáticos, los cuales por ahora nos limitamos a presentar esquemáticamente:

1. *Democracia, ciudadanía y conflicto*, donde encontramos un muy serio estudio epistemológico del concepto de cultura política y su relación con los de ciudadanía y democracia.

2. El segundo eje aborda las *perspectivas filosóficas de la democracia* para ilustrar las transformaciones de la democracia considerada como “modelo de convivencia” y de organización de la acción colectiva.



3. El eje *teoría crítica y democracia* se basa en la Escuela de Frankfurt para describir la situación actual de las instituciones democráticas, teniendo presente la forma como a lo largo de su desarrollo se ha abordado el conflicto entre individuo y sociedad, no sólo en Europa, sino también en Colombia y en Cartagena de Indias.

Sólo una ciudadanía capaz de discernir y de rechazar los informes, las propuestas y las noticias falsas puede hacer frente a la actual situación de confusión de la ciudadanía, y por eso hay que dar la bienvenida a publicaciones como la comentada, que en el fondo dan por primera vez en nuestro medio gran importancia al concepto de “cultura política”, tal como hace en la primera parte del libro el investigador de la Universidad Na-

cional José Pablo Tobar, con su ensayo sobre los “Prolegómenos para el estudio del concepto y papel de la ciudadanía en la vida social y política colombiana”. Además, se abordan los problemas de la relación entre ciudadanía y democracia en Colombia y en Cartagena de Indias, no sólo con instrumentos empíricos, sino con un profundo trabajo teórico, que consistió en el análisis crítico de los conceptos de “ciudadanía”, “cultura política” y “democracia”.

En la introducción se parte de la situación de entonces, cuando se sostenían las negociaciones de paz en La Habana entre el gobierno y la guerrilla, y cuando existían síntomas de desarreglo social y político, como los conflictos que se dan continuamente entre los mismos organismos del gobierno, que indicaban la necesidad de replantear la razón de ser de algunas instituciones del gobierno.

Esperamos dedicar nuevos artículos al comentario y discusión de cada uno de los ejes temáticos, pues hoy la situación del ciudadano ha entrado en nuevos desafíos, debido a que, nos parece, cada individuo es concebido como un ser capaz de su propio proceso de “subjetivación”, que puede ejercerse como resistencia a los intentos de dominio que ya no necesariamente provienen del sujeto soberano del poder político, sino también de las organizaciones comerciales, financieras y de tipo doctrinario, sea religioso o político. Se ha pasado de la convivencia tradicional a una convivencia moderna, basada en la cultura, en la diversidad valorativa, o en lo que se ha denominado con Michel Foucault las prácticas de libertad de los sujetos modernos.

Tal vez por eso una obra que parte de un análisis minucioso de las grandes tendencias de la filosofía de la historia del idealismo ale-



Detalle de mural en Getsemaní (Raúl Ballesteros, 2017).

mán, como la de Luc Ferry en el tomo I de su *Filosofía política*, sostiene que el fondo común de toda teoría política moderna es la subjetividad, sea que defienda el individualismo o el colectivismo como la finalidad de lo político (I: 23). El sujeto es el que elige si quiere estar solo o bajo el refugio de la comunidad. La diferencia entre la libertad de los antiguos y la de los modernos, como empezó a verla Benjamín Constant, se centraba en que el sujeto antiguo se sentía obligado por costumbres o normas que lo ataban a la comunidad, mientras que el moderno se siente más autónomo.

Bibliografía

- Hering Torres, Max. (2018). *1892. Un año insignificante*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Múniera Ruiz, Leopoldo & Cruz Rodríguez, Edwin. (Eds.). (2011). *La regeneración revisitada: pluriversos y hegemonía en la construcción del Estado-nación en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho Ciencias Políticas y Sociales, Instituto Unidad de Investigaciones Jurídico Sociales Gerardo Molina.
- Valencia López, Harold; Zúñiga Herazo, Luis Alfonso; Vargas Duque, Gabriel Eduardo & Tobar Quiñones, José Pablo. (2016). *Democracia, Teoría Crítica y Ciudadanía*. Cartagena de Indias: Ediciones Pluma de Mompos.



De la serie "Automáticos-dibujos en blanco" (Raúl Ballesteros, 2016).